

HISTORIOGRAFÍA DE LOS MAYAS EN GUATEMALA: EL PENSAMIENTO DE MANUEL GARCÍA ELGUETA

Oswaldo Chinchilla Mazariegos*

Resumen

Este artículo analiza el pensamiento de Manuel García Elgueta, un intelectual del siglo XIX, cuyas ideas constituyen un capítulo poco conocido en la historia del pensamiento sobre los indígenas de Guatemala. A tono con su época, García Elgueta denunció el estado de retraso de los indígenas y propuso medios para su progreso, que consideraba necesario para el progreso nacional. Se distinguió de sus contemporáneos por el valor que concedió a la cultura indígena. Efectuó estudios sobre el idioma maya k'ichee' y realizó investigaciones arqueológicas en sitios del altiplano. Promovió la idea de "civilizar" a los indígenas utilizando como ejemplo los grandes logros de sus ancestros, y promoviendo valores culturales tales como los idiomas. El pensamiento de García Elgueta ofrece aspectos muy originales, y su análisis permite estudiar el desarrollo de las ideas sobre la relación entre los pueblos prehispánicos y los mayas contemporáneos de Guatemala.

Abstract

MAYA HISTORIOGRAPHY IN GUATEMALA: THE IDEAS OF MANUEL GARCÍA ELGUETA

This article examines the work of Manuel García Elgueta, a nineteenth-century intellectual whose ideas constitute a little-known chapter in the history of our thinking about the Indians of Guatemala. In keeping with his times, García Elgueta lamented the state of Indian backwardness and advocated strategies for native improvement, which he considered necessary for national progress. He stands out in relation to his contemporaries on account of the worth he attributed to Indian culture. García Elgueta undertook studies of the K'ichee' language and also conducted archaeological investigations at sites throughout the highlands. He championed the notion of "civilizing the Indians" by highlighting the great accomplishments of their ancestors and by valorizing such things as their languages. The ideas of García Elgueta are in many ways unique, and so examining them allows us to think about our changing views of the relationship between pre-Hispanic and contemporary Maya peoples in Guatemala.

* Oswaldo Chinchilla Mazariegos, guatemalteco, es doctorado en antropología por la Universidad de Vanderbilt, Tennessee. Es curador del Museo Popol Vuh de la Universidad Francisco Marroquín y catedrático en la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Actualmente realiza investigaciones sobre la arqueología y arte escultórico de la zona de Cotzumalguapa, Escuintla. Además efectúa estudios sobre la historia de la arqueología en Guatemala. El autor desea agradecer a Russell P. Hartman de la *California Academy of Sciences* de San Francisco, por facilitarle información sobre la colección de García Elgueta. Su dirección de correo electrónico es ofchinch@ufm.edu.gt.

La relación histórica entre los pueblos prehispánicos, los indígenas contemporáneos y la sociedad nacional ha sido un tema recurrente en la historia intelectual de Guatemala. Muchas explicaciones —educadas y vernáculas, con respaldo científico o sin él— se han dado a este problema, que se enlaza con la propia definición de Guatemala como estado nacional, y que ha adquirido nueva vigencia en años recientes, en relación con el movimiento maya.¹ Este artículo es una contribución a la historia de ese proceso de pensamiento, cuyo estudio detallado sería de gran valor para la comprensión de los problemas actuales. En las siguientes páginas se analiza el pensamiento sobre los indígenas de uno de los intelectuales más originales y poco conocidos de la Guatemala del siglo XIX: el coronel Manuel García Elgueta (Figura 1).

LA INTERPRETACIÓN DEL PASADO PREHISPÁNICO EN EL SIGLO XIX

Para interpretar correctamente las ideas de García Elgueta, conviene esbozar la historia de las interpretaciones del pasado prehispánico a lo largo del siglo XIX. Establecer la identidad correcta de los creadores de los grandes sitios mayas clásicos representó un problema intelectual persistente a lo largo del período colonial, estrechamente relacionado con la interrogante sobre el origen de los indígenas. Para la época de la independencia, la cuestión había rebasado los límites del ámbito intelectual. Al igual que en México, algunos intelectuales guatemaltecos de ese período interpretaron el pasado prehispánico como el predecesor directo de los estados nacionales emergentes.² El más

¹ Richard N. Adams, “El surgimiento de la identidad maya”, en *Historia general de Guatemala*, Jorge Luján Muñoz, editor general (Guatemala: Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1997), VI, págs. 317–346; y “Ladinización e historia: el caso de Guatemala”, en *Mesoamérica* 28 (diciembre de 1994), págs. 289–304. La formación del nacionalismo guatemalteco se ha estudiado solamente con referencia al período colonial. Hace falta mayor investigación en torno al desarrollo del nacionalismo en la época independiente. Véase André Saint-Lu, *Condición colonial y conciencia criolla en Guatemala* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1978); Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1973); Julio César Pinto Soria, *Centroamérica, de la colonia al estado nacional (1800–1840)* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1986); Carol A. Smith, “Origins of the National Question in Guatemala: A Hypothesis”, en *Guatemalan Indians and the State: 1540 to 1988*, Carol A. Smith, editora (Austin: University of Texas Press, 1990), págs. 72–95.

² Sobre el problema del origen de los indígenas, véase Lee E. Huddleston, *Origins of the American Indians: European Concepts, 1492–1729* (Austin: University of Texas Press, 1967). Para el caso mexicano, véase David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (México: Ediciones Era, 1983). Para Guatemala, véase John Browning, “El despertar de

importante fue José Cecilio del Valle, quien en varios trabajos abogó por el estudio de la historia prehispánica, que consideraba como el origen de la nación guatemalteca. En un ensayo de 1830, Del Valle pidió que se levantaran cartas geográficas ilustrativas de las etapas sucesivas en la historia del país. La primera, titulada “Guatemala monárquica”, correspondería al período prehispánico, “descubriría nuestro orijen, pequeño y oscuro como el de otras naciones: haría ver lo que fuimos y serviría de punto fijo para medir lo que hemos andado”. Al igual que los criollos mexicanos, Del Valle se apropiaba del pasado prehispánico para convertirlo en origen histórico de la nación guatemalteca, no específicamente de los indígenas, sino principalmente del estado nacional que intentaba construir siguiendo modelos europeos.³

En su *Prospecto de la Historia de Guatemala*, tras plantear una visión idealizada de las costumbres y organización sociopolítica prehispánicas, se refirió a los antiguos indígenas como los “padres” de los guatemaltecos actuales, quienes deberían tomarlos como ejemplo para organizar la vida política del naciente estado.⁴ Al afirmar esto, Del Valle no especificaba distinciones; los indígenas prehispánicos eran los “padres” de los guatemaltecos en general. Ello no significa que concediera absoluta igualdad a los indígenas contemporáneos, a quienes veía como descendientes degenerados en comparación con sus antepasados.⁵ Del Valle escribe:

la conciencia nacional en Guatemala”, págs. 634–635, en *Historia general de Guatemala*, Jorge Luján Muñoz, editor general (Guatemala: Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1995), III, págs. 627–640; Oswaldo Chinchilla, “Nationalism and Archaeology in Guatemala at the Time of Independence”, en *Antiquity* 72 (1998), págs. 376–386; y Oswaldo Chinchilla, “Nacionalismo y arqueología en la Guatemala de la independencia”, en *VII simposio sobre investigaciones arqueológicas en Guatemala*, Juan Pedro Laporte y Héctor Escobedo, editores (Guatemala: Instituto de Antropología e Historia, 1994), págs. 3–11.

³ Véase Browning, “El despertar de la conciencia nacional”; y Chinchilla, “Nacionalismo y arqueología”.

⁴ José Cecilio del Valle, “Prospecto de la historia de Guatemala”, en *Obra escogida*, Jorge Mario García Laguardia, editor (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982), págs. 345–354, estudio publicado originalmente en 1825; Chinchilla, “Nacionalismo y arqueología”.

⁵ Esta idea se había manifestado ya desde el siglo XVI. Véase por ejemplo, Diego García de Palacio, “Carta dirigida al Rey por el Licenciado Diego García de Palacio, tocante a las provincias de Guazacapán, Los Izalcos, Cuzcatlán y Chiquimula”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI: Guatemala*, René Acuña, editor (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1982), Apéndice VI, págs. 249–287; y Oswaldo Chinchilla, “Historia de la investigación arqueológica en Guatemala”, en *Historia general de Guatemala*, Jorge Luján Muñoz, editor general (Guatemala: Fundación para la Cultura y el Desarrollo), I, págs. 99–118.

[Con la conquista española] pereció la clase ilustrada, y quedó solamente la de indios ignorantes y desgraciados; el imperio de la conquista los fue embruteciendo más; y a vista del estado en que los vemos parece inverosímil que sus mayores fuesen capaces de escribir una historia digna de este nombre.⁶

No manifestaba duda de que los sitios arqueológicos fuesen obra de los ancestros de los indígenas contemporáneos, pero viendo su estado actual, reconocía como costaba creer que alguna vez hubiesen sido civilizados. De hecho, el período colonial engendró otra corriente de pensamiento más radical, según la cual, las antiguas ciudades en ruinas que se encontraban en algunos lugares del país no eran obra de los indígenas, sino de antiguos inmigrantes procedentes del Viejo Mundo, entre los cuales se mencionaba frecuentemente a los romanos y cartagineses. Cabe resaltar el hecho de que estas suposiciones se aplicaban con especial predilección a los antiguos sitios mayas clásicos. Nadie manifestó dudas sobre la identidad de los creadores de los sitios del altiplano, tales como Utatlán e Iximché. Se sabía que eran obra de los indígenas, y que estaban habitados al tiempo de la conquista. En contraste, los sitios de las tierras bajas se hallaban en lugares relativamente despoblados, y no se tenían datos escritos sobre su historia. Su monumentalidad arquitectónica y su riqueza en escultura los hacía blanco predilecto de especulaciones por parte de quienes dudaban en conceder tales logros a los indígenas.

Las ruinas de Toniná fueron atribuidas a los cartagineses por Gregorio García ya desde principios del siglo XVII. A fines del siglo XVIII, las exploraciones de las ruinas de Palenque estimularon un nuevo flujo de opiniones al respecto. Algunos de los primeros intérpretes se inclinaron a verlas como obras de antiguos pueblos inmigrantes, a pesar de que algunos analistas más cuidadosos presentaron argumentos muy fuertes para su identificación como obra de los indígenas. Copán era un caso especial, pues la versión prevalente sobre la historia del sitio, escrita en el siglo XVII por Fuentes y Guzmán, aseveraba que el sitio estaba habitado en la época de la conquista, y que sus habitantes habían sido sometidos por los españoles. Sin embargo, el propio Fuentes y Guzmán se había visto obligado a refutar a quienes querían atribuir las ruinas a gentes del Viejo Mundo.⁷

⁶ José Cecilio del Valle, "La historia y los historiadores de Indias", en *Obra escogida*, Jorge Mario García Laguardia, editor (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982), pág. 340.

⁷ Gregorio García, *Origen de los indios de el Nuevo Mundo, e Indias Occidentales* (Valencia, 1607); Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, "Recordación florida", en *Obras históricas de don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán*, Carmelo Sáenz de Santa María, editor, Biblioteca de Autores Españoles 251 (Madrid: Ediciones Atlas, 1972), II, pág. 154. Sobre Palenque, compárese Paul Félix Cabrera, "Teatro crítico americano", en

Algunos llegaron a sugerir que los ancestros de los actuales indígenas eran responsables, no de la construcción de las ciudades, sino de su destrucción. De esta opinión era el autor anónimo de un artículo titulado “Estadística. Jocotán, Palenque y Quiriguá”, que apareció en la *Gaceta Oficial* en 1841.⁸ No sabía quiénes habían sido los constructores de los sitios, pero se inclinaba a pensar en fenicios, cartagineses o romanos. Explicaba la destrucción de las ciudades como resultado de los ataques de los indígenas, quienes habrían matado a sus pobladores. Aclaraba que le impulsaba a escribir “el orden de cosas en que está el estado”, y añadía: “Por las razones dadas estoy persuadido de que los indios acabaron en la antigüedad con las demás razas que había, y que ahora aprovechándose de la división que hay entre las castas, están conuinando un golpe seguro que les restablezca en su primitivo dominio e independencia”. El artículo concluía con una medrosa proyección de la población de Guatemala, según la cual los indígenas aumentaban un 3 por ciento anual, mientras que los ladinos sólo 1.66 por ciento anual, con lo que la proporción para el fin del siglo sería de 4.5 indígenas por cada ladino.

Los escritos de John L. Stephens (1841, 1843) presentaron argumentos fuertes para identificar a los indígenas como creadores de los sitios de las tierras bajas, pero no lograron erradicar las interpretaciones alternativas. En su traducción del propio Stephens, el intelectual yukateko Justo Sierra O’Reilly tuvo a bien añadir una nota aclarando que, debido a su ignorancia, los indígenas no hubieran sido capaces de construir los grandes monumentos de Yucatán.⁹

El descubrimiento de Tikal y el primer reportaje sobre ese sitio, escrito por Modesto Méndez en 1848, añadieron un nuevo elemento a la discusión. Méndez no dejó de expresar su opinión, que se inclinaba en favor de algún antiguo pueblo bíblico: “La raza que pobló estas regiones, salió de los que quisieron inmortalizar sus nombres, construyendo una torre, en que fueron confundidos”.¹⁰ Al igual que Toniná y Palenque, Tikal carecía de una historia

Description of the Ruins of an Ancient City Discovered near Palenque, in the Kingdom of Guatemala, in Spanish America, por Antonio del Río (Londres, 1822), con Dolores Aramoni Calderón, “Los indios constructores de Palenque y Toniná en un documento del siglo XVIII”, en *Estudios de Cultura Maya* 18 (1991), págs. 417–432.

⁸ *Gaceta Oficial* No. 25 (Guatemala, 24 de septiembre de 1841), págs. 102–103.

⁹ Citado en John F. Chuchiak IV, “Los intelectuales, los indios y la prensa: el periodismo polémico de Justo Sierra O’Reilly”, pág. 13, en *Saastun* (Revista de cultura maya/Maya Culture Review), año 0, no. 2 (agosto de 1997), págs. 3–50.

¹⁰ Modesto Méndez, “Descubrimiento de las ruinas de Tikal. Informe del corregidor del Petén Modesto Méndez, de 6 de Marzo de 1848”, en *Antropología e historia de Guate-*

escrita conocida. Además, el sitio se encontraba aún más aislado de las principales zonas de población indígena contemporánea. Se planteó así una cuestión importante y difícil de resolver desde el punto de vista de la construcción histórica de la nación guatemalteca. ¿Cómo relacionar a los pueblos indígenas antiguos y contemporáneos de Guatemala con Tikal y los otros sitios que se descubrieron en las décadas subsiguientes en el departamento del Petén?

Esta pregunta se ha mantenido vigente desde entonces. Las grandes ciudades mayas clásicas se encuentran geográficamente separadas de las principales regiones pobladas por indígenas en Guatemala, y en un medio ambiente muy diferente. Las primeras se localizan en las tierras bajas del Petén, mientras que los segundos habitan principalmente en el altiplano. Ya en el siglo XIX, las poblaciones indígenas del Petén (los itzajes, mopanes y lacandones) eran numéricamente pequeñas en comparación con los pueblos del altiplano, y su misma localización en el Petén las hacía menos significativas para la historia nacional. El problema consistía en establecer nexos históricos entre los pueblos del altiplano —cuya historia anterior a la conquista se empezaba a conocer gracias al *Popol Vuh* y otros textos— y los monumentales vestigios de las tierras bajas. Manuel García Elgueta ofreció uno de los primeros intentos por solucionar este problema.

MANUEL GARCÍA ELGUETA

Era un “modesto hombre de ciencia” poco reconocido. Así caracterizó a García Elgueta su contemporáneo Jesús Carranza.¹¹ Hasta el presente, su vida y obra es poco conocida. Además de desarrollar una carrera política activa en el bando liberal, García Elgueta incursionó en la lingüística y arqueología del altiplano occidental, y manifestó gran interés por la sociedad indígena de su tiempo, de acuerdo con los pocos datos biográficos que conocemos, registrados por el propio Carranza y posteriormente por Rogelio Gálvez Valle.¹²

mala 7: 1 (1955), págs. 3–7. Publicado originalmente en *Gaceta de Guatemala* (18 de abril y 25 de mayo de 1848).

¹¹ Jesús E. Carranza, “Importante expedición arqueológica”, en *Diario de Centro América* 58: 3128 (Guatemala, jueves 28 de abril de 1892).

¹² Jesús Carranza, “El coronel García Elgueta”, en *Un pueblo de Los Altos: apuntes para su historia*, por Jesús Carranza (Totonicapán: Establecimiento Tipográfico Popular, 1897), págs. 204–207; y Rogelio Gálvez Valle “Manuel García Elgueta: glosas biográficas”, en *Totonicapán: monografía del departamento*, dirigida por Efrén Castillo (Guatemala, 1942), págs. 67–69.

FIGURA 1



© Colección Taracena, Fototeca Guatemala, CIRMA

EL EXPLORADOR MANUEL GARCÍA ELGUETA, alrededor de 1890

García Elgueta nació en 1846. Siendo joven, viajó a Costa Rica y la América del Sur y, según relatan sus biógrafos, participó en la lucha armada contra Maximiliano en México. Volvió a Guatemala en 1863, donde de inmediato se integró a la política. Ese mismo año participó en un movimiento en pro de la independencia del estado de Los Altos, y en 1867 participó en el movimiento de El Malacate. Durante la revolución de 1871, se encontraba preso en el castillo de San José, en Guatemala. Posteriormente fue Jefe Político de Izabal, director de la Penitenciaría Central y Comandante de Plaza de Totonicapán. Participó en la batalla de Santa Rosa (1873) y en la campaña de El Salvador (1876). Gálvez Valle añade que fue síndico municipal de Totonicapán y miembro de numerosas asociaciones culturales y patrióticas. Sus biógrafos no registraron la fecha de su muerte, que debió ocurrir en los primeros años del siglo XX.

En el *Diario de Centro América* del 28 de abril de 1892, Jesús Carranza informó sobre su expedición a los sitios de Chalchitán y Pichikil, cercanos al pueblo de Aguacatán, Huehuetenango. Según la nota, esta era su segunda expedición arqueológica. Los hallazgos incluyeron una “perla de gran tamaño”, un “taladro”, cerámica, piedras preciosas y otros objetos, que serían expuestos en el Club Liberal Totonicapense. Algunos detalles sobre esas exploraciones, poco halagadores para García Elgueta, se encuentran en el reporte de Robert Burkitt sobre su propia exploración en Chalchitán, que tuvo lugar hacia 1913.¹³ Burkitt entrevistó al dueño de una parte del sitio, quien le contó que García Elgueta había ido allí dos veces. De los hallazgos de la segunda expedición describió objetos de metal, incluyendo el “taladro” mencionado por Carranza: “Alguna pequeña máquina para abrir hoyos en la piedra; usted le daba dos o tres vueltas a algo y en un segundo había un hoyo empezado en la piedra”.

De acuerdo con el relato, el campesino le proporcionó hombres para el trabajo, con el compromiso de dividir los hallazgos. Al final, García Elgueta salió huyendo de una comisión armada que venía con órdenes de llevarlo preso a Huehuetenango y nunca volvió, con lo que el socio se sentía estafado. A juzgar por la publicidad que Carranza le hizo a la exploración en el *Diario de Centro América*, pareciera ser que estaba en lo correcto. La supuesta orden de captura pudo ser un ardid de García Elgueta para no compartir los objetos recuperados. Burkitt atribuyó a García Elgueta muchos de los daños que encontró en las estructuras de Chalchitán, y describió sus excavaciones como “demoliciones”. En su exploración del mismo sitio en 1945, A. Ledyard Smith

¹³ Robert Burkitt, “Explorations in the Highlands of Western Guatemala”, en *Museum Journal* 21: 1 (1930), págs. 41–72.

encontró excavaciones en los montículos 3–7, 11, 24, 27 y 31, que atribuyó a García Elgueta, siguiendo la opinión de Burkitt.¹⁴

La colección arqueológica de García Elgueta fue expuesta en el salón guatemalteco de la *World Columbian Exposition* de Chicago, en 1893, y al año siguiente en la *Mid-Winter Exposition* de San Francisco. Nunca retornó a Guatemala, pues fue adquirida por la *California Academy of Sciences* de la misma ciudad, institución que todavía conserva un gran número de piezas, aunque con daños considerables producidos por el terremoto de 1906. Según una nota relativa a esa adquisición, escrita por Marshall Saville, el material venía en su mayoría de tumbas, descritas como cámaras subterráneas cubiertas por montículos o escombros. El propio García Elgueta informó el hallazgo de vasijas llenas de ceniza y fragmentos de huesos ahumados y calcinados en las pirámides de Chalchitán.¹⁵ La colección incluía una pequeña serie de vasos de gran valor, que de acuerdo a Saville, tenían inscripciones jeroglíficas. Había también cabezas de jadeíta, orejeras y otros implementos de obsidiana, utensilios domésticos y unas pocas esculturas de piedra.¹⁶

Es posible que algunas piezas de la colección se hayan dispersado hacia otros museos. En una nota añadida al artículo ya citado de Burkitt, J. Alden Mason afirmó que algunos objetos de la colección arqueológica de Guatemala exhibida en Chicago fueron adquiridos por el *Field Museum of Natural History* de Chicago y por el Museo de la Universidad de Pennsylvania. Entre las adquisiciones de éste último se encontraba un hermoso vaso que tenía por toda indicación de procedencia el “Departamento de Huehuetenango”, por lo que Mason sugirió que pudo ser una de las piezas de García Elgueta. Esta suposición tiene muchos visos de certeza, pero no es posible reafirmarla sin ninguna duda, pues la exhibición arqueológica de Guatemala también contenía piezas de otras colecciones. El vaso de Huehuetenango ha sido publicado repetidas veces, y es una pieza de gran importancia para el estudio de la iconografía maya.¹⁷ Burkitt también informó que algunos objetos de García

¹⁴ A. Ledyard Smith, *Archaeological Reconnaissance in Central Guatemala* (Washington, D. C.: Carnegie Institution of Washington, 1955), pág. 11.

¹⁵ Manuel García Elgueta, “Descripción geográfica del departamento de Totonicapán”, en *Guatemala indígena* 2: 4 (1962), pág. 160.

¹⁶ Marshall Saville, “Guatemala Antiquities”, en *The American Antiquarian and Oriental Journal* 17: 1 (1895), págs. 57–58.

¹⁷ Véase J. Eric S. Thompson, “A Blood-Drawing Ceremony Painted on a Maya Vase”, en *Estudios de Cultura Maya* 1 (1961), págs. 13–20. Una buena fotografía del vaso se encuentra en Linda Schele y Mary Ellen Miller, *The Blood of Kings: Dynasty and Ritual in Maya Art* (Fort Worth, Texas: Kimbell Museum of Art, 1986), lámina 72. Sobre la

Elgueta pararon en París, y Villacorta y Villacorta mencionaron dos cráneos humanos de la colección, procedentes de Chalchitán, que figuraban en el Museo Arqueológico de París.¹⁸

Suerte similar parece haber corrido su biblioteca, que, según Carranza, contaba con cientos de volúmenes. El mismo autor informa que dejó varios manuscritos inéditos, incluyendo una gramática y un vocabulario k'ichee', con más de 80,000 voces. El paradero de ambas obras se desconoce. Algunos de sus manuscritos fueron adquiridos poco después de su muerte por William Gates, quien dio a luz una traducción del himno nacional al idioma k'ichee', por García Elgueta (véase Anexo). La biblioteca de la Universidad de Brigham Young (Provo, Utah) conserva un fragmento manuscrito de un "Vocabulario Mam i Español" por García Elgueta, que también fue parte de la biblioteca de Gates.

De sus trabajos publicados, el más conocido es la "Parte Antigua" del libro de Carranza sobre Totonicapán.¹⁹ Contiene un resumen de la historia prehispánica de los k'ichee's, con anotaciones sobre sus costumbres, idioma, calendario y otros aspectos. La información se deriva del *Popol Vuh* y otros documentos indígenas, Torquemada, Brasseur de Bourbourg y varios otros autores modernos, especialmente Pí y Margall.²⁰ García Elgueta añadió sus propios comentarios y opiniones, pero frecuentemente es difícil distinguir sus ideas de las de otros autores. Con todo, es una fuente valiosa para conocer su pensamiento sobre los pueblos prehispánicos.

EL FEDERAL INDIANO

Mejor que en otros trabajos, el pensamiento de García Elgueta sobre los indígenas se revela en *El Federal Indiano*, periódico que editó en Totonicapán en 1883. De acuerdo con Jesús Carranza fue Justo Rufino Barrios quien, a

participación de Guatemala en la Exposición Colombina de Chicago, véase Ian Graham, "Federico Arthés y la presencia de Guatemala en la Exposición Mundial Colombina de Chicago", en *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala* 65 (1991), págs. 71-77.

¹⁸ Burkitt, *Explorations in the Highlands of Western Guatemala*, pág. 64; y J. Antonio Villacorta y Carlos A. Villacorta, *Arqueología guatemalteca* (Guatemala: Tipografía Nacional, 1927), pág. 144.

¹⁹ Carranza, *Un pueblo de los Altos: apuntamientos para su historia*. La "Parte antigua" fue reproducida como "Descripción geográfica del departamento de Totonicapán", en *Guatemala Indígena* 2: 4 (1962), págs. 115-192.

²⁰ Francisco Pí y Margall, *Historia de la América antecolombiana*, 2 tomos (Barcelona: Montaner y Simón Editores, 1892).

solicitud de García Elgueta, dio a Totonicapán la imprenta donde se imprimía. La hemeroteca del Archivo General de Centroamérica conserva ocho números, que van del 15 de marzo al 16 de agosto de 1883. Ignoro si se continuó publicando después de esa fecha.

De acuerdo con su subtítulo, *El Federal Indiano* era un “Quincenario de literatura, antigüedades históricas, costumbres indígenas, industria, comercio, remitidos y anuncios”.²¹ Sus objetivos quedaron claros en el programa publicado en el primer número:

Aparte de otros puntos de interés jeneral, nuestro propósito es dar á conocer antigüedades históricas: promover el adelanto material y moral: atacar las ridículas y absurdas preocupaciones indígenas y la crueldad de algunas de sus costumbres, revelando al mismo tiempo la sencillez y pureza primitiva en que se conservan otras; y para que los aborígenes nos comprendan y hallen atractivo en la idea que nos anima, escribiremos una que otra vez en sus dialectos. En fin, haremos todo lo posible ensallando nuestra pobre inteligencia por ayudar á su civilización.²²

El Federal Indiano cumplió con su promesa de incluir artículos en idioma maya k'ichee'. Un detalle de interés es el uso del cuatrillo (4) y el tresillo (E), dos de los caracteres introducidos por fray Francisco de la Parra en el siglo XVI para escribir los idiomas del altiplano.²³ García Elgueta fue seguramente uno de los últimos autores que utilizaron estos caracteres.

La idea de civilizar al indígena no era nueva, pues había sido planteada en muchas formas desde la época colonial. Ya en 1797, la Sociedad Económica abrió un concurso sobre el mejor método para lograr que los indígenas se vistieran y calzaran a la española. En las últimas décadas del siglo XIX se generó una discusión activa sobre el progreso de la población indígena y su incorporación a la economía nacional. De acuerdo con el análisis de Steven Palmer:

Entre 1870 y los grandes debates sobre el problema indígena de 1892–1894, el criterio general era que se podía lograr a través de procedimientos individualizantes

²¹ En esta y las siguientes citas se ha conservado la ortografía de García Elgueta.

²² *El Federal Indiano* (15 de marzo de 1883), tomo 1, no. 1.

²³ Para una discusión del origen de estos caracteres, véase Rosa Helena Chinchilla M., “Introducción” al *Arte de las tres lenguas kaqchikel, k'iche' y tz'utujil* por fray Francisco Ximénez (Guatemala: Academia de Geografía e Historia de Guatemala, 1993), pág. xii.

agresivos, como la transformación de los ejidos en parcelas privadas, el mayor acceso al crédito para el sector agrícola, la expansión de la educación primaria, la reducción de asentamientos dispersos en centros poblacionales más densos, una presencia estatal vigorosa en las zonas rurales a fin de poner coto a la vagancia, y así sucesivamente.²⁴

En términos generales, García Elgueta compartía ideas similares. En el primer número de *El Federal Indiano* lamentaba el fanatismo de los indígenas, su ignorancia, falta de interés por los “asuntos de utilidad pública”, indiferencia y falta de “idea del porvenir”. Culpaba de estos males a los “gobiernos bárbaros”, refiriéndose sin duda a los conservadores. Llamaba a los centroamericanos a unirse con “esta otra parte de nuestros hermanos que ha vivido como apartada de nosotros por la maldita mano del servilismo y retroceso”. Concluía:

si queremos una patria unida por el estrecho vinculo de la fraternidad, es preciso que hagamos útil al indio, creándole necesidades para que así comprenda que tiene derecho á gozar de los beneficios y garantías de que goza el ciudadano.²⁵

Hasta aquí, el pensamiento de García Elgueta no era significativamente diferente del de la mayoría de sus contemporáneos. El aspecto más original de sus planteamientos radicaba en su preocupación por los indígenas de la antigüedad, y su idea de que el ejemplo de la civilización prehispánica podría servir como fuente de inspiración y ejemplo para el progreso de los indígenas actuales. Para enfatizar esta intención, cada número de *El Federal Indiano* llevaba como epígrafe, en español y k'ichee', la frase “Enseñad al indio su hermoso pasado, para redimirlo de su presente y civilizarlo en el porvenir”, seguida por las siglas “F. J. F.”. Se recordará que cincuenta años atrás, José Cecilio del Valle había presentado el pasado prehispánico como punto de origen y ejemplo para los criollos en su intento de construir un estado nacional. En contraste, para García Elgueta los antiguos indígenas deberían servir como ejemplo específicamente para sus descendientes. Vale la pena contrastar las ideas de García Elgueta con las que expresó su contemporáneo Antonio Batres Jáuregui en su importante estudio sobre los indígenas:

²⁴ Steven Palmer, “Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870–1920”, en *Mesoamérica* 31 (junio de 1996), págs. 99–121, pág. 111.

²⁵ Manuel García Elgueta, “Los indios”, en *El Federal Indiano* 1: 1 (15 de marzo de 1883), pág. 5.

Viniendo ya al punto del mayor avance de la civilización de nuestros indios, cabe observar que la cultura aborigen se perdió por completo. Los quichés y cakchiqueles revelan su pasada grandeza; pero no dan muestra hoy en día de ella [...] Que hay gérmenes de perfectibilidad en esos pueblos, lo prueba su misma historia. Lo que se necesita es que se desarrollen y fecunden. Los abona la tradición de lo que fueron; les son favorables los elementos físicos del suelo en que viven; pero hay que poner los medios para que dejen ese sistema de comunidad; ese traje común e invariable; ese alimento bárbaro de *totopoxtle y chile*; esas lenguas antediluvianas; ese rancho agreste, mansión primitiva y rústica; en una palabra, hay que sacar a los indios de la manera de ser que tienen, estancada y oriental.²⁶

En cambio, García Elgueta reconocía valores importantes en la sociedad, la cultura y los idiomas indígenas de su tiempo, los cuales interpretaba como resultado de su herencia prehispánica:

por el rigor de la comparación [...] en la época antigua con la moderna sobre el carácter de la raza kiché, hábil, inteligente, industriosa y comercial, hemos tenido que hacer también referencias a su actual modo de ser en cuanto se parece a sus antiguas costumbres y organización.²⁷

Mientras que el aumento de la población indígena era cuestión preocupante para otros intelectuales, García Elgueta se complacía en señalar el crecimiento demográfico de Totonicapán: “hace como treinta años el censo levantado dio por resultado más de 40,000 habitantes; y en el aumento de población desde esa fecha hasta este entonces, bien se puede calcular justamente en cerca de 60,000 habitantes”. Esta población abastecía a todo el occidente del país, y aún a “otros pueblos de la república y fuera de ella, no sólo con sus frutos sino con sus variados artefactos. Así ha sido siempre desde tiempos inmemoriales”.²⁸

De ese modo, sus investigaciones arqueológicas y lingüísticas adquirirían relevancia para la solución de problemas contemporáneos. Esperaba rescatar los valores que atribuía a la sociedad prehispánica en función del progreso de la sociedad indígena de su tiempo. Quería hacer ver la grandeza del pasado

²⁶ Antonio Batres Jáuregui, *Los indios, su historia y su civilización* (Guatemala: Establecimiento Tipográfico La Unión, 1894), pág. 177.

²⁷ García Elgueta, “Descripción geográfica del departamento de Totonicapán”, pág. 186.

²⁸ García Elgueta, “Descripción geográfica del departamento de Totonicapán”, pág. 186. Sobre el aumento de la población indígena, véase Palmer, “Racismo intelectual”, págs. 111–112.

indígena en contra de las ideas prevalecientes aún entre los mismos indígenas. Buena muestra es su diatriba contra el baile de la conquista, en el cual el rey Kikab-Tanub se humillaba frente a Pedro de Alvarado, “pasaje odioso y falso”, contrario a la verdad histórica. Aclaraba que Alvarado “no pudiendo dominar la altivez indomable del monarca indio, le tendió una celada cautelosa en la cual cayeron el rey y su corte; y desde luego fueron asesinados y quemados bárbaramente”.²⁹

LA ETIMOLOGÍA DE TIKAL

García Elgueta era un panegirista de las sociedades prehispanicas, pero especialmente de los k'ichee's, a quienes concedía un papel central en la historia prehispanica de Guatemala. Ello se tradujo en un intento por interpretar los sitios arqueológicos de las tierras bajas como producto de la nación k'ichee', que le llevó a una interesante polémica periodística con el investigador alemán Edwin Rockstroh.

Rockstroh era un naturalista y etnógrafo originario de Sajonia. Estudió en la Escuela Normal de Dresden, tras lo cual ejerció el magisterio e hizo investigaciones sobre historia natural en Hungría, los Balcanes y Turquía. Viajó como corresponsal de la Gaceta de Leipzig a la exposición de Filadelfia en 1876. Tras recorrer gran parte de los Estados Unidos, vino a Guatemala con el objeto de recolectar plantas, insectos y pájaros para el Museo de Dresden. Vivió el resto de su vida en el país, donde fue catedrático del Instituto Central para Varones, director del Observatorio Meteorológico al tiempo de su creación en 1880, y miembro de la comisión encargada de trazar la frontera entre Guatemala y México en 1884.³⁰

Con el apoyo del Instituto Central para Varones, Rockstroh efectuó varias expediciones de exploración. La más importante fue el viaje al Petén y la Selva Lacandona, que realizó en 1881. Además de efectuar observaciones etnográficas sobre los lacandones, durante este viaje se convirtió en el descubridor de las ruinas de Yaxchilán, y a su regreso visitó las de Tikal.³¹ Su des-

²⁹ García Elgueta, “Descripción geográfica del departamento de Totonicapán”, pág. 159.

³⁰ Datos tomados del *Diario de Centro América* 6: 333 (15 de septiembre de 1881); y de Jan de Vos, *Viajes al desierto de la soledad: cuando la Selva Lacandona aún era selva* (México: Secretaría de Educación Pública, 1988), págs. 89–90.

³¹ Su reporte titulado “Viaje al país de los ukes” fue reeditado recientemente por Jan de Vos en *Viajes al desierto de la soledad*, págs. 89–137.

cripción de este sitio fue publicada en un número especial del *Diario de Centro América*, conmemorativo de la independencia, el 15 de septiembre del mismo año. En ese artículo, identificó a Tikal como una “ciudad india”, “probablemente maya”, y encontró analogías con las ruinas de Yaxchilán, Palenque, Ocosingo y Tabasco.

La identificación de Tikal como “maya” implicaba nexos cercanos con los indígenas de las tierras bajas, incluso Yucatán, que se habían hecho evidentes también para Copán, Palenque y Toniná a partir de las exploraciones de Stephens. El término “maya” conservaba aún su acepción original, referida específicamente a los pueblos hablantes de idiomas mayas yukatekos, entre los cuales se incluían los itzajes del Petén. Esa caracterización de las ruinas iba en contra de las ideas de García Elgueta, quien asociaba los sitios arqueológicos de las tierras bajas con los k'ichee's. Su respuesta, publicada en el número 6 de *El Federal Indiano*, contenía una discusión sobre la etimología de la palabra “Tikal”, que según García Elgueta, significaba “despacio, poco a poco, mui lento, blandamente” en idioma maya k'ichee'. Esta etimología demostraba que:

No fue la nación Maya quien alzó la hermosa i floreciente Ciudad del Tikal... sino la nación kiché la que en su peregrinación desde el norte del Anahuac debe haber fundado también las Ciudades del Palenque y Katazaha, como alzó en el fértil i pintoresco valle de Uatlán la bella metrópoli...³²

Sugería que la nación k'ichee' había venido con el héroe Votán y ofrecía dar a luz un “documento territorial mui antiguo”, que supuestamente apoyaría su teoría.³³ La respuesta de Rockstroh no se hizo esperar. En dos artículos del *Diario de Centro América* refutó los argumentos de García Elgueta.³⁴ Reconoció la importancia de los estudios etimológicos, pero hizo ver que Tikal no era una palabra k'ichee', sino del maya moderno. Durante su viaje al Petén

³² Manuel García Elgueta, “Ruinas del Tikal”, en *El Federal Indiano* 1: 6 (7 de junio de 1883).

³³ Acerca de la leyenda de Votán, véase J. Daniel Contreras R., “Balún Votán, el 9º de los votanes”, en *Universidad de San Carlos* 51 (1960), págs. 77–87; y Carlos Navarrete, “Anotaciones a temas no resueltos: Votán, las “columnas de Been” y las rocas-estelas en el sur de Mesoamérica”, en *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala* 65 (1991), págs. 9–55.

³⁴ Edwin Rockstroh, “Ruinas del Tikal”, en *Diario de Centro América* 17: 853 (27 de junio de 1883), pág. 2, col. 1; *Diario de Centro América* 17: 854 (28 de junio de 1883), pág. 2, col. 1–2.

había preguntado a varias personas el significado del nombre, y luego comparó los datos con el diccionario de Pío Pérez.³⁵ Todos coincidieron en afirmar que la palabra “Ti-k’al” significaba “en lo encerrado”:

K’al significa en Maya todo lo cerrado, cercado, un cuarto atrancado, p.e. etc., y *tí* es la preposición de lugar *en*. Los Ladinos del Petén, que entienden el Maya, dicen “Voy al *K’al*”, “He estado en el *K’al*”, y no Tik’al, porque esta partícula *tí* no podría ser empleada en la primera de estas frases y en la segunda sería un pleonasma, repetición de la palabra castellana *en*.³⁶

Explicó que el sitio recibía ese nombre por haber en él un gran número de edificios antiguos con aberturas tan angostas, que ni siquiera un niño podría pasar por ellas. Refutó también otras etimologías propuestas por García Elgueta para lugares de las tierras bajas e indicó que no era extraño que las palabras se parecieran, siendo el k’ichee’ y el maya idiomas de la misma familia. Para concluir, expresó las razones que lo llevaban a pensar que Tikal había sido construido por los mayas: Las ruinas eran similares a las de Yucatán, al igual que las esculturas, y muy distintas a las del Quiché. Las figuras esculpidas se parecían a los lacandones modernos. La preservación de los dinteles de madera le hacía pensar que no eran tan antiguas, y que debieron ser construidas unos 150 a 200 años antes de la conquista. Para esta época los k’ichee’s estaban ya establecidos en el altiplano, después de su larga peregrinación.

García Elgueta continuó la polémica en otros dos artículos de *El Federal Indiano*.³⁷ En el primero negó haber afirmado que Tikal y Palenque hubieran sido fundadas por la nación k’ichee’, pero tampoco encontró evidencia de que pertenecieran a la nación maya. En el segundo se preguntaba cual idioma se derivaba de cual, el maya del k’ichee’ o el k’ichee’ del maya. Citaba una serie de etimologías, sin hallar nada en contra de que Tikal y Palenque pudieran interpretarse como lugares k’ichee’s. Nunca abandonó esta idea y, en su ensayo sobre Totonicapán, la reafirmó años después:

³⁵ Juan Pío Pérez, *Diccionario de la lengua maya* (Mérida de Yucatán: Editorial J. F. Molina Solís, 1866–1877).

³⁶ Edwin Rockstroh, “Ruinas del Tikal”, en *Diario de Centro América* 17: 853 (27 de junio de 1883), pág. 2, col. 1.

³⁷ Manuel García Elgueta, “Ruinas del Tikal”, en *El Federal Indiano* 1: 7 (18 de julio de 1883); y *El Federal Indiano* 1: 8 (1 de agosto de 1883).

El señorío de Totonicapán, desde tiempos muy lejanos anteriores a la conquista, comprendió una zona tan dilatada que tanto se perdían sus límites en las riberas del Atlántico como se ocultaban sus confines en las playas del océano Pacífico. [...] Comprendía todo el territorio del estado de Chiapas, Ocozingo, Palenke, Palizada, Soconusco, Tehuantepek, Onohualco, Mayapán y toda la comarca de Sakuleu o Huehuetenango...³⁸

En el último de estos artículos, García Elgueta publicó la primera parte del documento que había ofrecido en su primera crítica a Rockstroh. Se trataba de un título indígena de Totonicapán, escrito originalmente en el siglo XVI. Gracias a la polémica sobre el nombre de Tikal, llegó hasta nosotros una parte de este texto, que se reproduce en este volumen con el nombre de “Título de los Nimak Achi de Totonicapán”.³⁹ Sin embargo, García Elgueta no aclaró en qué forma habría podido contribuir a sustentar sus ideas sobre la identidad de los constructores de Tikal.

OBSERVACIONES FINALES

Las opiniones de García Elgueta pueden considerarse como producto de su excesiva confianza en las etimologías, interpretación errónea de los textos indígenas y, en última instancia, como resultado de sus métodos de investigación poco sistemáticos. Sin embargo, la motivación subyacente más bien pareciera ser el intento por relacionar la grandeza evidente en Tikal y otros sitios de las tierras bajas con los indígenas contemporáneos del altiplano de Guatemala. A partir de Stephens, las ruinas mayas de las tierras bajas empezaban a ser consideradas como producto de una alta civilización, comparable a las del Viejo Mundo. Por tanto, proveían un pasado altamente prestigioso para quienes se identificaran como sus herederos. García Elgueta trató de otorgarlas a los k'ichee's, pero su intento prematuro y pobremente fundamentado no dejó impresión percedera.

Otros autores habrían de retomar esa búsqueda a lo largo del siglo XX, al tiempo que los vestigios de las tierras bajas empezaron a ser mejor conocidos. Tal como lo indicó Rockstroh, el k'ichee' y el maya pertenecían a la misma familia lingüística, que en el siglo XX vino a conocerse como “familia maya”. Por su parte, los arqueólogos fueron ampliando gradualmente la acepción del término “maya” para incluir a los pueblos de las tierras altas. En un

³⁸ García Elgueta, “Descripción geográfica del departamento de Totonicapán”, pág. 183.

³⁹ Oswaldo Chinchilla Mazariegos, “El Título Nimak Achi (1545)”, en este número, págs. 77–84.

ensayo sobre las antigüedades de Guatemala, Eduard Seler observó paralelos significativos entre los restos arqueológicos de las tierras bajas y los de la Verapaz. Se preguntó si existiría la misma conexión con los k'ichee's, kaqchikeles y mames, pero carecía de materiales para llegar a conclusiones seguras. "Solamente puedo decir que los pocos originales y copias de esas regiones con los que estoy familiarizado son de carácter diferente, y no tienen la perfección artística que vemos en los hallazgos de Vera Paz".⁴⁰ Esta fue la opinión prevalente a principios de este siglo, cuando la frontera sur de la antigua civilización maya se localizaba usualmente en el río Motagua, para incluir la Verapaz y parte del altiplano oriental hasta la zona de Copán, Honduras, pero excluyendo la mayor parte del altiplano guatemalteco.⁴¹

En 1926 Manuel Gamio caracterizó las esculturas de Kaminaljuyú y otros vestigios del altiplano como de tipo "maya primitivo o arcaico", a diferencia del tipo "maya histórico", término con el que designaba a los del Petén y Yucatán.⁴² Así, la nomenclatura dio un vuelco completo con respecto a los planteamientos de García Elgueta: en vez de ser Tikal y otros sitios de las tierras bajas caracterizados como "k'ichee's", los del altiplano vinieron a ser calificados como "mayas". Gradualmente, se generalizó la aplicación de este término tanto para los indígenas contemporáneos del altiplano como para los restos arqueológicos de esa región.

Desde el siglo pasado, algunos autores optaron por el término híbrido "maya-k'ichee'", que en su acepción original, servía para designar a la familia

⁴⁰ Eduard Seler, "Antiquities of Guatemala", en *Mexican and Central American Antiquities, Calendar Systems, and History*, Charles P. Bowditch, editor, Bureau of American Ethnology Bulletin 28 (Washington D.C.: Smithsonian Institution, 1904), págs. 75–121. Publicado originalmente en 1895.

⁴¹ Véase por ejemplo, Herbert J. Spinden, *A Study of Maya Art: Its Subject Matter and Historical Development* (New York: Dover Publications, 1975), publicado originalmente en 1913.

⁴² Manuel Gamio, "Cultural Evolution in Guatemala and its Geographic and Historic Handicaps. Part I: Prehistoric and Historic Mayan Periods", en *Art and Archaeology* 22: 6 (1926), págs. 203–221.

⁴³ Berendt lo mencionó de paso en su artículo "Collections of Historical Documents in Guatemala", en *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution, showing the Operations, Expenditures, and Condition of the Institution for the Year 1876* (Washington: Government Printing Office, 1877), pág. 423. Otto Stoll también lo utilizó en su *Etnografía de Guatemala*, Publicación No. 8 del Seminario de Integración Social Guatemalteca (Guatemala: Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1958), pág. 31, donde citó un "Vocabulario Comparativo de las lenguas pertenecientes a la fa-

lingüística. Posiblemente el primero en introducirlo fue Carl Hermann Berendt, poco antes de su muerte, acaecida en 1877.⁴³ Su aplicación posiblemente se extendió a partir de la publicación, en 1927, del libro de Genet y Chelbatz, titulado *Histoire des peuples mayas-quichés*.⁴⁴ Este término salió del ámbito académico para permear la cultura guatemalteca. No hay espacio para analizar este proceso con detalle. Baste sugerir que para el público guatemalteco, el concepto “maya-k’ichee” ofreció una solución al problema de la relación entre los sitios mayas clásicos de las tierras bajas y los pueblos indígenas del altiplano. El uso de este término compuesto establecía una diferenciación con respecto a los pueblos “mayas” antiguos y modernos, pero a la vez enfatizaba la unidad perceptible entre aquellos y los pueblos del altiplano.

Un estudio detallado del concepto “maya-k’ichee” sería de gran valor para la historia de las ideas sobre el indígena de Guatemala. Sólo recientemente ha caído en desuso, substituido por el término “maya” a secas, cuyo uso generalizado para designar a los indígenas del altiplano es actualmente favorecido por los miembros del movimiento maya. El uso de este término conlleva una identificación tácita de los indígenas actuales del altiplano como herederos de la civilización maya clásica de las tierras bajas, que provee un origen histórico de alto prestigio. La búsqueda de lazos históricos con los mayas clásicos de las tierras bajas se refleja, por ejemplo, en el interés que ha despertado recientemente el aprendizaje de la escritura jeroglífica maya entre algunos intelectuales indígenas del altiplano.⁴⁵

Los problemas intelectuales y sociales que animaron a García Elgueta hace más de cien años están lejos de ser resueltos. La arqueología del altiplano occidental todavía presenta grandes lagunas, tanto en lo que se refiere a la investigación científica como en cuanto a su apreciación por las poblaciones modernas del área. Ecos del pensamiento de García Elgueta se perciben en el moderado auge que ha tomado en años recientes el estudio y puesta en valor de los idiomas indígenas. En fin, la búsqueda de una relación entre los pueblos del altiplano y los mayas clásicos de las tierras bajas sigue siendo un tema importante en la conceptualización oficial y popular de la historia prehispánica de Guatemala.

milia Maya-Quiché”, escrito por Berendt, que permanecía inédito en 1884, fecha de la primera edición (en alemán) del libro de Stoll.

⁴⁴ Jean Genet y Pierre Chelbatz, *Histoire des peuples mayas-quichés (Mexique, Guatemala, Honduras)* (Paris: Editions Genet, 1927).

⁴⁵ Véase Arthur Allen, “Unriddling the Glyphs: A New Generation of Mayanists Lets the Maya In On Their Secrets”, en *Lingua Franca* (November/December 1992), págs. 52–58.

Anexo

AHAVAREM QUAUHTIMALAN⁴⁶

Bixabal Izeolk'omin chua Qu'iché chabal
Rumal Vel Belezuy Elgueta

Ah c'ulvach Quauhtimalan...! chi a-semet
Manc'u quiqu'elahta k'anoh rapunel;
Mi c'o xibiy tunubal c'u reeoh
Mi e c'axbinel avach c'u chubah

Ve chuek alok'olah uleval
C'u tak'abah hun chivi alaxik
K'ak' chi quiqu'el a-chaomal lak'anem
Re camey chua man-rib chu-samah.

Bixanem.
K'ak' chi quiqu'el a-chaomal lak'anem
Re camey chua man-rib chu-samah
Chi a-vinak ruc' oyoval c'azlinem
Camel nabe chi mun xtiux.

Ri e arihil k'ak'alah c'ama-chich,
At xaharisah chi k'ab pulunim
Ri tahnabal ri uleu c'u echalah,
Ri machet c'a c'olotal ri k'obik.

HIMNO NACIONAL DE GUATEMALA

¡Guatemala feliz...! que tus aras
no profane jamás el verdugo;
ni haya esclavos que laman el yugo
ni tiranos que escupan tu faz.

Si mañana tu suelo sagrado
lo amenaza invasión extranjera,
libre al viento tu hermosa bandera
a vencer o a morir llamará.

Coro
Libre al viento tu hermosa bandera
a vencer o a morir llamará;
que tu pueblo con ánima fiera
antes muerto que esclavo será.

De tus viejas y duras cadenas
tu forjaste con mano iracunda,
el arado que el suelo fecunda
y la espada que salva el honor.

⁴⁶ Tomado de *The Maya Society Quarterly* 1 (1932), págs. 147–149. Traducción al idioma k'iche' por Manuel García Elgueta. Se conservó la ortografía de la publicación original y, en vez de la traducción al inglés que acompañó a esta publicación, se incluyó la versión en español. La nota de comentario que escribió William Gates dice: “Manuel García Elgueta, de Totonicapán, fue el más devoto y continuo estudioso del quiché en las generaciones recientes. Entre sus estudios que llegaron a mi poder algún tiempo después de su muerte, procedentes de su viuda, estaba esta traducción del himno nacional al k'iche'. El lenguaje varía con respecto a la antigua lengua clásica del siglo XVI, pero no he tratado de cambiarlo, excepto por estandarizar las letras guturales y heridas, después de verificar las palabras en que ocurren con los mejores diccionarios manuscritos tempranos, especialmente los de Vico y Varea, cuya representación de estos sonidos es siempre precisa y consistente”.

Kekahavab xechohin chi hun k'ih
 Puluv chupam Lutinak ulevar
 Xatki bok chi quiqu'elah ac'al kieh
 Xatki yac c'ut hun muuh re lok'oh.

Bixanem.

Xatki-e bok chi quiqu'elah ac'al kieh
 Xatki-e yac c'ut hun muuh re lok'oh,
 Chirech tak'ahal chavem uc'ovil
 Camé umacun sachil nebenob.

Aré alak'an hu-perah chi cahil
 Xolchi suL' re sakilah ruturuh;
 Ac'ú! Aré c'a ruc' k'ab payinel
 Urihquil xmanarib c'u L'ilih.

Chi e-nimar-rib c'ovilah ac'ahol
 Ri c'ax chohibal qu'ic'ot uk'ayem
 Ri quiqu'elah uk'ak'bal c'a sibir
 Chi k'us-chich cua-tiltot chayinih.

Bixanem.

Ri quiqu'elah uk'ak'bal c'a sibir
 Chi k'usil chich chua-tiltot chayinih,
 Xavi nare ri k'obil usak-chok
 Ri muuh ciut re ulevar ru umuuh.

C'oyolem chi Ande nimarisay-rib,
 Chi qu'ieb palou chua c'ovil tararem,
 Chuxé xic'abal re chuh k'anapuak
 Cat-vartisah moo-k'uk' hebelin.

Tz'iquin intioil c'aslibem chi apocob
 K'uk'abah aulevar c'u toobeh;
 Veta! xku vyaquisah ru uropin
 Mayih chi k'ehman chi ahavar c'ot.

Bixanem.

Veta! Xku vyaquisah ru uropin
 Mayih chi k'ehman chi ahavar c'ot;
 Chic'ut xtiyac uxequ'em ka chichah,
 Quauhtimala, abí mana-camel!

Nuestros padres lucharon un día
 encendidos en patrio ardimiento
 y lograron sin choque sangriento
 colocarte en un trono de amor.

Coro

Y lograron sin choque sangriento
 colocarte en un trono de amor,
 que de Patria en enérgico acento,
 dieron vida al ideal redentor.

Es tu enseña pedazo de cielo
 en que prende una nube su albura,
 y ¡ay de aquel que con ciega locura,
 sus colores pretenda manchar!

Pues tus hijos valientes y altivos,
 que veneran la paz cual presea,
 nunca esquivan la ruda pelea
 si defienden su tierra y su hogar.

Coro

Nunca esquivan la ruda pelea
 si defienden su tierra y su hogar,
 que es tan sólo el honor su alma idea
 y el altar de la Patria su altar.

Recostada en el Ande soberbio,
 de dos mares al ruido sonoro;
 bajo el ala de grana y de oro
 que adormeces del bello quetzal.

Ave indiana que vive en tu escudo,
 pladión que protege tu suelo;
 ¡ojalá que remonte en su vuelo,
 más que el cóndor y el águila real!

Coro

¡Ojalá que remonte en su vuelo,
 más que el cóndor y el águila real,
 y en sus alas levante hasta el cielo,
 Guatemala, tu nombre inmortal!